

UNA INMENSA MOLE NEGRA

Fernando López

Inédito (cuento)

Miró el reloj. Como todas las mañanas el tren llegaba retrasado. La radio había mencionado inconvenientes causados por la lluvia en ciertos tramos de la línea, en los lejanos límites de la provincia, pero no estaba seguro de que esa máquina llegaba de tan lejos. Sobre los galpones de la estación amanecía rápidamente y a esa hora el invierno se hacía más intenso y penetrante. En el apuro por llegar a tiempo había salido sin abrigo y ahora le castañeteaban los dientes de rabia y de frío.

En el extremo lejano de las vías se escuchó el silbido del tren. Se acercó al terraplén. Ahora lo veía en sus grandiosas proporciones más cerca que nunca. Lo esperó de pie sobre un durmiente, entre los rieles escarchados, a fin de forzarlo a aminorar la marcha y poder tocarlo con las manos. Al frío se sumó el escalofrío: el maquinista no llevaba la mínima intención de aminorar la marcha. Al contrario, hizo tronar el silbato con su brazo derecho mientras con su izquierdo le hacía señas de que saliera de su camino. La locomotora creció rápidamente ante sus ojos como una inmensa mole negra enfurecida. La esperó, con sus piernas abiertas, hasta que sintió las bocanadas calientes de su hocico metálico sobre su rostro. Recién entonces se salió de su paso. Recién entonces.

—¡Cornudo! ¡Hijo de puta! —le escuchó gritar al maquinista.

Sonrió. El monstruo jadeaba como un moribundo y echaba chispas por debajo de las ruedas. Lo tocó, con menos respeto que el de los días anteriores, cuando lo miraba desde lejos. Ahora la estructura de acero le acariciaba las manos con rudeza y producía en su cuerpo el estremecimiento que saluda las nuevas corrientes de simpatía. Pero pese a su admiración y voluntad el tren se había transformado ha mucho tiempo en su enemigo. Ocho, diez, doce, dieciséis vagones. La marcha, no más de treinta kilómetros por hora. Demasiado despacio. Setenta kilómetros sería lo ideal. El puño cerrado del maquinista siguió asomándose como si fuera un brazo de la máquina desafiándolo al encuentro. Eso lo animaba más. Estaba como clavado sobre la tierra, temblaba junto con ella y crecía en ánimos y en coraje. La cola del último vagón, con su solitario pasajero uniformado, acabó de pasar para alejarse con el resto. Todavía se quedó durante algunos segundos mirando el horizonte, en el punto de unión de los rieles, mientras fumaba un cigarrillo. Todo había durado el tiempo suficiente para el regocijo. Ahora tenía que volver a la pensión a buscar un abrigo para marchar al trabajo.

Apagó la luz de su habitación y todo siguió como iluminado con bengalas verdes y amarillas. Los sueños se mezclaban en el vértice norte de su cuarto, de donde salían en tropel y lo inundaban todo. Soñaba despierto, alucinaba, lo único que hacía con seguridad. Y su sueño era una obsesión que lo desgastaba con una fuerza tremenda.

Se vio corriendo por entre los rieles de ese puente de hierro negro sobre el vacío, saltando los durmientes, soportando el vértigo de la brisa y el río que mojaban su pecho desnudo. Allá abajo, a casi diez metros, lo esperaba la tierra mullida. Entremezclados con los ruidos de la calle los gritos de su madre, terribles en su desesperación tanto por el vacío como por el tren. Y su miedo, su único miedo, cuando temblaba el armazón de hierro como preanuncio de la catástrofe. Miraba hacia atrás y veía a su madre con la falda remangada que le gritaba enloquecida, demasiado lejos para alcanzarlo. Y por el otro lado el tren, mucho más rápido que su madre, mucho más imponente, tenebroso, compacto. Solo quedaban dos alternativas: quedarse acostado sobre los durmientes y sobrellevar el paso de todos los vagones, entre el vacío y el ruido o saltar hacia alguna de las columnas del puente, quedar con los pies colgados sobre el agua y confiar en la fuerza de sus brazos hasta el fin de los temblores. Ya no escuchó más nada. Despertó largo rato después en brazos de su madre y nunca supo lo que realmente había sucedido. Desde ese día no lo dejaron ir más al terraplén y lo castigaban cada vez que lo encontraban cerca de los rieles. El tren lo separó de su madre cuando era apenas un niño. Y por una tremenda circunstancia, insospechable, repentina, el tren se la llevó, varios años después.

Estaba llegando tarde y se apuró para ocupar su puesto. El olor intenso de la bodega colmaba los pulmones de todos, era el vital elemento que suplantaba al oxígeno. La mayor delicia de los empleados era salir al final de sus turnos y respirar el aire helado y puro de la calle, recibir su bofetón en pleno rostro como quien vuelve de una larga prisión. Nicolás permanecía ocho horas encerrado y sobre el filo del mediodía su atención se dilatava en la espera del tren. La bodega, el grandioso galpón, bordeaba un costado de las vías. A las dos de la tarde llegaba la máquina con su bufido característico, arrastrando vagones cisternas que descargaba allí. Pero era tanto el ruido de las máquinas y las botellas que Nicolás tenía que hacer grandes esfuerzos para escucharlo con nitidez. Y a las tres de la tarde, religiosamente, marcaba su tarjeta. Jamás en cuatro años se había quedado después de su horario, pero además, se había propuesto saldar cuentas consigo, de una vez para siempre.

Al crepúsculo, con cielo amarillo, las cosas se veían absolutamente grises: los árboles, los autos, el mundo, la gente. El espectáculo más gris del mundo estaba sobre el puente Centenario, iluminado con tubos amarillos, cuando al bajar las barreras del paso a nivel se amontonaban decenas de camiones, autos y colectivos que pujaban por ganar la punta. Estaba seguro de que nadie más que él lo había descubierto. El sol que agonizaba, partido en mil pedazos en los vidrios y techos de los vehículos, hacía al gris brillante como el acero. Las barreras amarillas y negras resaltaban graciosamente sobre el fondo del paisaje. Bajo el puente el río, ceremonial y escuálido, con su cauce embalsamado en cemento por vaya a saber quién, si algún ingenioso ingeniero o algún urbanista endemoniado. Junto a la casilla del guardavías, a esa hora, la predilecta, Nicolás escrutaba la marcha del más majestuoso de los trenes. Un tren de carga con treinta y cinco vagones repletos de misterio, siempre hacia el norte desconocido, lento y seguro sobre los rieles. Los mismos, interminables custodios de su desazón. Confiaba en que venía de lejos por la corteza de barro que invariablemente lo cubría desde la trompa hasta la cola. A veces carbón, leña o máquinas, eran sus pasajeros. Y otras tantas traía de todo. Trató de calcular su peso. Era imposible. En cuanto a velocidad

por encima del puente no pasaba a más de treinta o cuarenta kilómetros por hora. Era indispensable que circulara más rápido, porque si no, aferrado a las vías como estaba en ese tramo, no saltaría jamás. Y él necesitaba hacerlo saltar. Lo que más estudiaba Nicolás era el ritmo de las ruedas de la máquina, primer eslabón de su movimiento. Todas, todas las tardes, a la misma hora. Ya los maquinistas atinaban a saludarlo como a un nuevo elemento del paisaje.

Laura y Marta llegaron al cine casi a punto de comenzar la proyección y se encontraron en el hall. No imaginaban que Nicolás las esperaba con los tickets en la mano. Marta lo saludó pero Laura siguió caminando hasta la ventanilla. Cuando quiso tomarla del brazo lo rechazó con brusquedad.

—¡Ya estoy podrida de que me dejes plantada!

Intentó explicarle que había estado en el puente y el tren se había retrasado, pero solo consiguió un bufido de reproche. Ingresaron a la sala con las luces apagadas. Marta intentó conciliar cuando Laura no quiso sentarse junto a Nicolás. Le dijo que no tenía derecho a tratarlo de esa manera. Dos horas después, antes de retirarse del cine Laura le pidió a Marta que la acompañara al toilette. Cuando salieron, Nicolás intentó acercarse a su novia y a pesar de los esfuerzos de su amiga, nuevamente fue rechazado. Era más de lo que podía tolerar. Encendió un cigarrillo y se fue caminando en dirección al pensionado.

El sulky avanzaba bamboleándose sobre los adoquines desparejos de la calle. La fruta brillaba como recién lavadita perfectamente acomodada en los cajones. La yegua estaba cansada y dolida por el parto encima de sus años, una baba verdosa colgaba de su belfo entreabierto. Debía hacer un esfuerzo superior para cruzar el paso a nivel que aparecía como una hinchazón imprevista del asfalto. El sulky quedó encajado entre los durmientes cuando la yegua cayó sobre su vientre. A menos de doscientos metros el tren hizo sonar su silbato. Su madre le ordenó que bajara del carro a tirar de las riendas mientras descargaba el látigo de sogas sobre el lomo ensangrentado de la bestia. ¡Mamá! ¡Saltá mamá! Dos hombres se acercaron corriendo y le quitaron las riendas de la mano. ¡Salte, señora! gritaron, pero la mujer sudorosa no descansó un segundo en castigar al animal. A pocos metros se escuchó la frenada del tren. Sin dejar de jalar, todos volvieron sus cabezas hacia el convoy. El choque ya era inevitable. De pronto la rueda atascada salió del pozo y el carro se movió bruscamente. La mujer perdió el equilibrio y se derrumbó sobre los cajones. Eso le impidió saltar. Quedó aprisionada debajo del carro tumbado.

—Necesito hablar con vos. Por favor.

Marta no podía salir de su asombro: una visita inesperada, de Nicolás, tan misterioso y exaltado como nunca lo había visto. Se sentaron a una mesa del bar más próximo junto al ventanal empañado. Había pocos transeúntes, quizá por el intenso frío lluvioso que azotaba esa tarde los flancos de la gente.

—Vos sabés que a Laura la quiero mucho pero no sé, cada vez la quiero menos. Y ella tampoco me quiere —dijo Nicolás.

Marta refutó que sus reacciones se debían a que a veces no lo entendía. — Pero vos sí me entendés, Marta y eso me gusta. Siempre me gustó. Cuando Laura se pone en zonga y me pelea, me dan ganas de mandarla a la mierda.

—Es una chiquilina —sonrió su amiga—. Le falta madurar.

—Por eso quiero contarte a vos lo que te voy a contar. Pero te voy a pedir algo: por lo que más quieras y si en algo me aprecias, no le cuentes a Laura. Y aunque no te guste la idea, necesito que me apoyes. Prometeme que me vas a ayudar.

Marta asintió.

—Bien. Necesito comprarme un auto. Y que vos me prestes el dinero. Te lo devuelvo en seis meses.

—¿Un auto? ¿Pero vos estás loco? Tenés que comprar los muebles para casarte, no tenés derecho a hacerle eso a Laura. Ella te viene esperando desde hace cuatro años.

—No quiero casarme. No quiero comprar muebles. No quiero nada, nada más que comprar un auto y que vos me prestes el dinero. Por favor, escuchame.

Durante algunos minutos Marta no pudo salir de su asombro. Le contó que había visto un Ford del año 39 a un precio accesible, un auto especialmente diseñado para sus necesidades. Con los ojos clavados en él Marta le preguntó para qué quería ese auto. Quizás algo oscuro, una premonición, pasó por su cabeza.

—Es lo más difícil de explicar. Es una cuestión que debo resolver a corto plazo. Quiero superar todos los traumas que tengo, todas mis frustraciones, qué sé yo, son muchas cosas. Se trata... de ganarle al tren. De eso se trata, de hacerlo saltar de las vías. Creo que eso se puede hacer y quiero demostrarlo.

—¡Estás completamente loco!

—Marta, no quiero discutir con vos. Por favor, te ruego que me escuches. Mi madre murió aplastada por el tren. No pude tener una infancia normal y una adolescencia tranquila. El tren es... una barrera que se levanta entre el mundo y yo. Quiero romperla. Ya sé que es difícil, pero estoy seguro de que rompiéndola mi vida va a cambiar. Puedo morir pero es el riesgo que debo correr. Al menos de esa forma habré vivido para algo. A mi padre no lo conocí. Alguien me contó que una vez mi madre trabajó como sirvienta en una casa grande, de un doctor o algo así y que cuando quedó embarazada la echó a la calle. Nunca pudimos salir de la pobreza. Entendeme por favor, no quiero matarme, al contrario.

—¿Pero por qué se te ha metido en la cabeza que haciendo saltar el tren se van a solucionar tus problemas?

—No lo sé. No tengo una respuesta. Ni siquiera vengar a mi madre.

—Nicolás, lo que pides es demasiado para mí. Imagínate que voy a pasar el resto de mi vida lamentando haberte secundado. Puedo perder mucho.

—Pero podés ganar mucho también.

—¿Y qué puedo ganar? —preguntó Marta, sin darse cuenta de lo peligrosa que era esa cuestión.

Trató de evitar su mirada, pero no pudo evitar que le tomara la mano. Temblaba. De a poco lo notó más tranquilo, más seguro que al comienzo de la charla. Se transformó en otra persona. Bebieron el café, la charla derivó hacia temas amables y al atardecer Nicolás le propuso ir al puente Centenario a presenciar el espectáculo gris más hermoso que aseguraba haber visto en su vida.

Despertaron sobresaltados. Una frazada había caído sobre una colilla encendida y se estaba incendiando. Mientras Nicolás la golpeaba con una zapatilla, Marta volvió del baño con una jarra llena de agua que arrojó sobre el medallón rojizo. Sintieron frío y despotricaron contra la mala suerte que los había despertado, a esa hora de la noche

que no se distingue de la madrugada. Estuvieron arrumándose hasta que Nicolás volvió a preguntar si le iba a prestar el dinero y a asegurarle que era la única persona a quien podía recurrir. Debía optar. Ganaba más de lo que perdía o lo perdía todo.

—Sí —dijo Marta, mientras subían al taxi en la puerta del hotel—. Te voy a ayudar.

Su viaje. El único viaje, que lo hizo enamorarse de los trenes. Confundió al principio las escenas con otro viaje, único también, en subterráneo, aquellas luces que iluminaban pobremente la boca del lobo, aquellas supuestas vidrieras con juguetes misteriosos, con pelotas, soldados y triciclos. Detrás de la ventanilla todo se sucedía con una rapidez abrumadora, incluso la noche, que lo sorprendió después de un sueño en brazos de su madre. Alguien le recomendó que vigilara con atención el límite del cielo, porque de allí vería nacer la aurora más hermosa del siglo. ¡Qué maravilloso! Mamá dormía y había que tener paciencia para verlo todo. Los bosques de un rojo intenso, las gargantas negras de la montaña, los pájaros, el tiempo, la nieve. Recuerda que para ayudarlo a dormir los gnomos silbaron una dulcísima canción de cuna. Inútil tratar de repetirla, solo la escuchó una vez, casi dormido, envuelto en una pañoleta en viaje a no sé dónde, mientras su madre tosía y tosía sobre su rostro el ardiente dolor de sus pulmones. Entonces se dio cuenta con cuánta intensidad amó los trenes, con cuánta intensidad los ama.

Laura entró corriendo a su casa mientras Nicolás ponía en marcha el automóvil. Sentado al volante escuchó sus gritos desde el fondo del pasillo. Pedía auxilio para contenerlo. Inútilmente había intentado hacerle entender que lo tenía todo calculado, que no quería matarse, que solo jugaba una partida para vencer a su otro yo, al vencido, al temeroso. Puso primera y arrancó. ¡Cuánto desgaste había sufrido en ese encuentro! Pero enseguida se repuso. Alguien lo esperaba. En alguna esquina Marta levantó los brazos para que la viera. No le reprochó nada, más bien trató de tranquilizarlo.

—Tené cuidado —le dijo con algunas lágrimas, por saber que compartía una hecatombe dentro y fuera de su amigo.

No eran todavía las tres de la mañana. El tren pasaba por el lugar de la batalla alrededor de las seis a una velocidad apropiada, en una zona geográficamente sin riesgos para nadie. Detuvo el automóvil unos mil metros antes del paso a nivel y apagó las luces. Tenía suficientes cigarrillos para pensar. El aire frío lo sacudió de los hombros cuando abrió del todo la ventanilla, profundamente enamorado de la noche de agosto con su escarcha helada, su viento silencioso, con esa soledad tan cristalina como un cubo de hielo. ¡Qué pequeño era su mundo! Más allá de su ciudad natal no conocía nada, ni por tierra ni por aire y una sola vez, en ese magnífico viaje en subterráneo, cuando era niño y su madre intentaba encontrar a su padre, alcanzó a conocer la entraña de la tierra. ¿Por qué no había tenido nunca lo que necesitaba? ¿Acaso porque no aceptaba el chantaje miserable de las horas extras? El dueño de la bodega estaba demasiado lejos en ese momento, pero había dejado todo meticulosamente ordenado para que sus gerentes manejaran la empresa por algunos días. Qué lástima, se tendría que volver antes con los calcetines colgando de sus maletas. No era para menos. El tren de las seis, el esperado tren de Nicolás, vendría cargado con cajas, miles de cajas con botellas de la bodega donde consumía las horas de su vida. Eso lo sacaría de quicio, más cuando se enterara que el autor de ese desastre era él.

Se acomodó en el asiento. El cielo recortado en el parabrisas le regaló una visión incomparable. Había nubes, sobre un fondo estrellado y con luna. Y viento. ¡Qué maravillosa multitud de formas! Se hicieron las cuatro y media. Había logrado dominar el sueño con un cigarrillo tras otro. De pronto lo asaltó la idea de que Laura podría denunciarlo. Si lo buscaban y lo encontraban ahí, ¿qué respondería a las preguntas que le formularan? ¿Encontraría la respuesta espontánea que siempre esperan los guardianes del orden? ¿Y si Laura llegaba con ellos? ¡Qué desesperación! Por un instante cruzó por su cabeza la idea de volver al pensionado pero no, se había tomado el tiempo necesario para tener todo milimétricamente calculado. Sería facilísimo demostrar que no había razones para aceptar sus temores trasnochados. ¡Pobre Laura! Después de la batalla todo sería distinto, se las tendría que ver con el vencedor. Y alguna mañana despertaría con la conciencia iluminada por la certeza de haber descubierto el sentido de su hazaña. Cuando lo interrogara la policía les diría la verdad. ¿Para qué mentirles? Mintiendo, nadie jamás se pondría en su lugar, nadie jamás lo tomaría como ejemplo. Él, que quería demostrar al mundo y demostrarse que no hay monstruos invencibles ni dentro ni fuera de la especie humana, estaba a un ápice de probar sus tesis.

No sin esfuerzo puso en marcha el motor. Se aseguró de que todas las puertas y ventanillas estuvieran trabadas. Se ató al asiento con una cuerda. Si el auto tumbaba sobre su techo era la única garantía de que no iba a morir aplastado. ¿Qué otro detalle quedaba? Ninguno. ¡Qué emoción! Un cierto terror cósmico se apoderó de su cuerpo. Esta vez no fallaría como en aquél intento anterior. Ya eran las seis menos cinco. Se persignó. Allá lejos, detrás del horizonte, empezaba a despuntar la primera luz de la alborada. Secó su frente. Cuando el tren apareció y se acercó a unos cincuenta metros de donde estaba, apretó suavemente el acelerador. El sonido del tren se escuchaba lejano en la cabina del automóvil, como el suave respirar de un bebé recién nacido pero excitado. Recorrieron a la par cuatrocientos, quinientos metros, setecientos, ochocientos. Nadie, absolutamente nadie había transitado esa noche por ese camino rural. Todo le ayudaba, todo estaba perfecto, el tren avanzaba a muy buena velocidad. Recién en ese momento se acordó del maquinista. ¿Qué sería del pobre después del encontronazo? No era tiempo de pensar en eso. El tren no marcha solo, ninguna máquina anda sola, ningún ejército, multitud o formación.

Faltaban unos pocos metros para llegar al paso a nivel. Se persignó. Cruzaron por su cabeza recuerdos de su madre, del puente negro, de su primera noche de amor con Marta, los últimos días de felicidad, los primeros minutos de agonía, de terror. Ubicado el volante del Ford a la derecha, el encontronazo sería con el flanco izquierdo de su trompa. Finalmente llegaron, giró el volante con fuerza y apretó el acelerador. Cuando sintió que daba vueltas en el aire, con un tremendo dolor en el pecho, abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Lo que acababa de ver era una escena indescriptible. Un enorme monstruo de dimensiones nunca vistas se había erguido sobre sí como un monumento viviente y quejumbroso, que lanzaba chispas hacia los costados, vomitaba fuego y lo arrastraba todo, incluso el auto con Nicolás adentro. Cuando pudo levantar la cabeza para espiar por un agujero que no acertaba a adivinar si estaba en el techo, el piso o en qué costado del auto y vio que el largo tren agonizaba a un costado de las vías, se abandonó a sus fuerzas a la espera de su destino. Había triunfado, por fin, sobre la máquina poderosa y perversa.

Todo alrededor del siniestro parecía un museo de arte moderno al aire libre. Más de cincuenta hombres, entre policías, bomberos, empleados del ferrocarril y curiosos, esparcidos entre los escombros, buscaban quién sabe qué. Si no hubiera sido por un

hecho insólito, los periodistas que tomaban sus notas no habrían permanecido tanto tiempo en el lugar: ¿qué estaba haciendo allí el mismísimo jefe de policía? Su olfato no los traicionaba, algo se escondía detrás del accidente. Cuando se acercaron a interrogarlo respondió con evasivas, que se trataba de una cuestión rutinaria con uno o dos muertos y nada más. Era suficiente para que se apostaran a su lado y no le perdieran pisada durante el resto del día. A la tarde se trasladaron hasta el hospital de Urgencias detrás de la caravana de cuatro autos y dos patrulleros, para indagar sobre la suerte del cuerpo hecho pedazos que habían recuperado de entre los hierros retorcidos. El jefe de policía en persona pidió a los periodistas que se retiraran del hospital apenas obtuvieran el informe oficial del accidente. Una vez llegado a su despacho reclamó que le llevaran el expediente de la seccional décima con la denuncia de Laura Martínez.

Al escuchar la noticia en la radio, Laura y Marta se dirigieron al hospital y sin haberlo previsto se encontraron en el hall de ingreso. Se confundieron en un abrazo. Anduvieron como locas por los pasillos preguntando y preguntando sin obtener ninguna información, hasta que Marta reconoció a un médico amigo que estaba en el bar leyendo el diario. Por él se enteraron de que el jefe de policía había dado la orden estricta de que no se informara nada a nadie y todos cumplían al pie de la letra. El maquinista había fallecido. Nicolás Almada, el conductor del automóvil, estaba en coma, muy grave. Gravísimo.

—El cuadro es desesperante —concluyó el médico—. Está con una conmoción cerebral, una hemorragia interna controlada, la pierna derecha destrozada con grave riesgo de perderla y múltiples lesiones en todo el cuerpo y el rostro.

Cerca del mediodía, cuando el movimiento dentro del hospital se acrecentó con una multitud que se arrojó por sus pasillos, las dos amigas parecían estar renaciendo de un naufragio. Llegaba la hora del cambio de guardia y estaban a punto de quedarse solas, cuando Marta saltó de la silla como tocada por un cable.

—Por favor, dejame verlo —le dijo a su amigo—. ¡Por favor! Solo un minuto. Si no querés acompañarme indicame dónde está y prestame tu guardapolvo.

En la puerta de la habitación el policía de consigna los detuvo y les pidió se identificaran.

—Soy el médico y ella la enfermera. Ya me estoy yendo, vengo para el último control.

Nicolás Almada, su despojo humano envuelto en vendas de los pies a la cabeza, parecía una momia. Un cable en cada vena lo mantenía con vida. El médico controló sin demasiado entusiasmo su ritmo cardíaco y su respiración. De pronto, cuando ya se retiraban, sorprendió a Marta con una expresión inesperada:

—¡No puede ser! ¡Tiene los ojos abiertos!

Sus lágrimas se volvieron incontenibles cuando cayó en la cuenta de que la miraba a ella y expresaba felicidad. Estaba segura de que esperaba su voz, su alegría, su propia ternura para volver a la vida por completo. Tuvo la certeza de que le rogaba una palabra, algún sonido más que ese llanto entrecortado y estúpido. Se acercó a él, le tomó la mano y haciendo un gran esfuerzo le contestó:

—Ganaste, Nicolás, ganaste —Después rectificó—: ¡Ganamos, mi amor, hemos ganado!

Entonces Nicolás cerró los ojos para entregarse al reposo.

En el corredor la estaba esperando un nutrido grupo de periodistas, insaciables, incansables, habilísimos, astutos. La bombardearon a preguntas. Laura se enteró por boca del médico del estado de Nicolás y estalló en un agónico estado depresivo. Debió ser medicada. Marta salió a la calle por una puerta lateral y fue nuevamente asaltada por periodistas. ¿Cómo pudieron reconocerla? Se detuvo en el primer escalón y respiró profundamente. Sí, debía contarles la verdad. Toda la verdad. Estaba convencida de que Nicolás le habría asignado ese deber.